

# JEKYLL PRESIENTE A FREUD



**ALAN GONZÁLEZ SALAZAR**

Autor de *Anónimos* (2012, Premio Nacional de Novela “Ciudad Pereira”) y *Noche en tu silencio* (Poesía, 2017).

Ilustración *Collalba gris (oenanthe oenanthe)*, Kevin Simón Mancera.

**R**obert Louis Stevenson ensaya la alegoría de la doble personalidad en el *Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde* (1886). Fruto de una pesadilla, representa la histórica confrontación interior que divide la conciencia, donde la realización de la identidad se hace problemática y misteriosa. La crisis de la conciencia individual que parte del Romanticismo y viene a poner de relieve el dinamismo infinito del Deseo que choca, una y otra vez, contra los límites que impone la realidad al ser humano. El doctor Jekyll y el señor Hyde vienen a su autor a través del sueño, del sueño que aumenta las frecuencias de asociación neuronal, de una conciencia que busca. Por ello, al relato fantástico se le atribuye hoy la capacidad alegórica de simbolizar las pulsiones del inconsciente. Stevenson presintió el advenimiento de Sigmund Freud, médico y filósofo capaz de dedicar sus facultades a la salud del alma.

Lo perverso surgirá, así, de la voluntad excedida en el propio cuerpo y negada en el cuerpo del otro. La conciencia será entonces acción y conocimiento interior de la voluntad individual. La extrema afirmación de la voluntad que llega a negar al otro individuo es la respuesta del ser perverso, cuyas manifestaciones nacen de la carencia de algo, o sea que nacen de un dolor. Por tanto, todo dolor es una volición no satisfecha y contrariada —origen mismo de la neurosis para Freud—. El perverso convierte entonces el dolor ajeno en un fin. Stevenson se inscribe en esa categoría. Trata de mitigar el dolor de sus personajes con el espectáculo del dolor ajeno. Esta podría ser la intención de la confesión del doctor Jekyll al final del relato: Salvar su humanidad.

Lo demoníaco será lo súbito, lo siniestro. Es el terrorífico vacío del mal. ¡Esa primera y larga noche en nosotros! Este presentimiento, esta noción de infinito, recae ahora sobre el ser, concebido o contemplado como donación u oportunidad milagrosa, ricamente cargada con consecuencias positivas. Es posible contemplar ahora al *ser* como puro terror. La esperanza científica y la superstición cristiana, encarnada en el código moral, hacen sufrir a los personajes de Stevenson. Jekyll padece, en palabras de Kierkegaard, la angustia de la fe, una angustia que sirve a su vez para descubrir el propio destino.

De las obras fantásticas del siglo XIX, el *Extraño caso* es quizá la de mayor perfección estructural y artística. Dividida en diez capítulos, los ocho primeros en tercera persona y los dos últimos, a modo confesional, en la primera persona del doctor Lanyon y después de Henry Jekyll. Los dos personajes realizan una declaración completa del caso, del *doble*, del otro yo de Dr. Jekyll, tan parecido al monstruo creado por *Frankenstein*. Es un relato que participa del imaginario decimonónico y a su vez representa la continuación de uno de los tópicos fundamentales del Romanticismo: La búsqueda y el encuentro consigo mismo.

La investigación de las profundidades del ser, de los abismos del sueño, motivarán en Stevenson la búsqueda, la creación de ese otro yo desconocido al que esta literatura fantástica da vida y hace surgir con la apariencia del monstruo. Monstruo que es, entonces, una metáfora del recóndito interior del ser humano.

Londres se convierte así en una ciudad espectral, donde los ángulos de los edificios alargan sus sombras. Mr. Utterson, uno de los personajes principales del relato, se reconoce a sí mismo como retraído en los sentimientos. Un abogado respetable que, dice, “I incline to Cain’s heresy [...], I let my brother go to the devil in his own way”, se inclina por la herejía de Caín, deja que su hermano se vaya al demonio por su propio camino.

Estas callejas de Londres también son angostas. El abogado Utterson, en el primer capítulo, se pasea con su pariente lejano, Richard Enfield, y se detiene ante la fachada oculta, trasera, de la casa del doctor Jekyll, cuyo muro, sin ventanas, se describe como una “a blind forehead [...] with the marks of prolonged and sordid negligence”. Una fachada ciega, con las marcas de una prolongada y sórdida negligencia. Donde los vagabundos entran agachados al nicho y encienden fósforos en los paneles y los niños —con qué ironía lo dice el narrador— hacen negocios en las escaleras. Esta infancia se vive con premura, es violentada, no hay esperanza. La primera acción de Hyde, de la que tiene conocimiento el lector, puede calificarse de aborrecible. En este primer capítulo el lector es testigo de cómo Hyde golpea a una niña de ocho o diez años a quien llama “damned Juggernaut”, condenada bestia. Como una divinidad del antiguo oriente en cuya esencia también se encuentra el mal.

Comparación en nada fortuita. La angustia aquí es nuevamente teológica. La pregunta por la destrucción y la muerte y los intereses inconfesados de la voluntad sometida a una naturaleza instintiva y complaciente.

Stevenson critica en este primer capítulo el abandono infantil, la mercantilización del cuerpo. ¿Cómo pagar diez libras en oro y un cheque para eludir la condena por los golpes propinados a una niña? Si se tiene y atesora en el imaginario colectivo la justicia como un bien moral, Hyde lo elude, el castigo no obra en él como reflexión, en él se legitima la violencia, contra los otros y contra sí mismo. La violencia es pasión, la irracionalidad de un sistema en el que el dinero ya ha adquirido un valor superior al intercambio de bienes. Ahora este incluye también los bienes morales.

El bloque de la casa del doctor Jekyll está lleno de edificios apiñados y es difícil decir dónde termina uno y dónde comienza el otro. Así queda disimulada la parte de atrás de la casa, con sus vestigios quirúrgicos. No se había removido la antigua sala de disección del médico anterior y propietario. En ella hay tres ventanas que dan al patio en el segundo piso; ninguna ventana en el piso de abajo, solo la puerta por donde sale y entra el señor Hyde. Su casa es también la analogía del cuerpo. Una fachada que en estricto sentido representa su reputación y una parte oculta de la misma que con dificultad se puede asociar a la parte expuesta. Las ventanas son la claridad de la casa, por ello el muro ciego de la parte de atrás. Stevenson es un soñador disciplinado. Ideó, con anterioridad al psicoanálisis, formas de representar *lo reprimido*, lo que en apariencia está oculto, en la disciplina de la formación personal encarnada en el célebre Jekyll. Lo hizo en la época cuya mayor esperanza partía de la ciencia y se adentraba en el futuro, sin contar con sus pasiones, ya de por sí divididas y contenidas en la fe cristiana.

Lo inquietante surge de la apariencia, de la tensión del comportamiento ante los demás, de ocultar la extravagancia que para la cultura victoriana resulta indecente. Hyde se pronuncia precisamente como *hide*, que quiere decir esconder. El significado de *seek* es buscar. Hyde representa, en consecuencia, el lado oculto de la personalidad, el lado instintivo y súbito, demoníaco, subconsciente, voluntarioso y primitivo, pero explícito, cientificista. Pocos hombres han tenido una visión tan clara de los misterios de la personalidad y la conciencia. Ya lo dice la narración, a Jekyll comenzó a pasarle algo, a pasarle algo en la cabeza,

sobre todo en las noches. Su material continúa siendo nocturno, trabaja con el fruto de sus sueños-de-noche donde solo se mira a sí mismo, adentro de su silencio.

El doctor Jekyll sufre de egoísmo, de allí parten los excesos que lo van dividiendo hasta el grado de la oposición trágica que al final debe terminar necesariamente con la muerte. Aunque su empeño, como lo fuera años más tarde el del psicoanálisis, se fundamenta en la invención, en la búsqueda de una ciencia capaz de categorizar y describir las cualidades de la sensibilidad en una época donde imperan los sistemas de dominio.

De nuevo el doctor Jekyll se verá tentado a jugar con su propia conciencia: “the ugly face of my iniquity stared into my soul”. El feo rostro de mi iniquidad clavaba su mirada en mi alma. Se da cuenta de un cambio en el tono de sus pensamientos. La evidencia está en la disolución de los lazos del deber, que poco a poco le genera la droga, el estatismo que se regodea con el anhelo de infligir dolor. ¡Nada vive en él además del miedo y el odio! Por eso el señor Hyde camina rápido, perseguido por sus temores, por eso vuelven las punzadas y tiene que administrarse la droga, en la relación doble de médico y paciente, de tratarse a sí mismo. ■

